

## Sinopsis de La desautorización del inconsciente como órgano ético en la estructuración perversa

### 1. Lo natural

Corremos el riesgo de una visión simplista acerca de lo natural y lo idealizamos como si nos permitiera encontrar un suelo firme, una materialidad ontológica para aparentemente poder aprehender o definir mejor al sujeto que pretendemos. Ser por naturaleza implicaría un ser propio de sí y por sí, lo cual se acercaría a las definiciones de Aristóteles, que pueden resumirse en que la naturaleza es la esencia de los seres que poseen en sí mismos el principio de su movimiento, es decir un ser y un llegar a ser lo que son. No solamente implica a lo que es sino lo que tiene que ser, lo bueno, como si lo natural fuese lo correcto y adecuado, de allí el bien natural, el derecho natural y la ética natural. Así el concepto enlaza con ciertos autores cristianos como San Agustín, que estimaba que en tanto creada por dios la naturaleza es fundamentalmente buena, siendo lo malo obra del pecado y del alejamiento de la fuente divina creadora (J.Ferrater Mora, 1971). Pero lo que me importa recalcar es la idealización del mito de un sujeto natural tanto en la versión materialista científica como en la teológico-cosmológica, como si fuera garante de lo que en ser es en realidad. Hay un riesgo de clausura asegurado a veces por la respuesta biológica animal y otras por la respuesta teológico-dogmática. Así por ejemplo se haría difícil preguntar que es un hombre o una mujer fuera de toda consideración por el ser como ente que adviene a la presencia y no como esencia que perdura en el ente, es decir en su radical historicidad y desprovistos del supuesto canon natural de la división animal entre macho y hembra. Y así podríamos plantearnos también un sinfín de interrogaciones sobre el ser y sobre el llegar a ser como norma metafísica que legisla en relación a la meta de realización de cada sujeto.

### 2. El inconsciente como creencia. Un órgano ético.

El concepto de inconsciente se opone justamente a cualquier clausura de la pregunta por el ser y a cualquier naturalización que eluda excavar su enigma insuturable.. Y plantear al inconsciente como creencia implica evitar el riesgo de naturalizarlo olvidando el fundamento ético de su constitución, ya que como psicoanalistas nos movemos en un espacio irreductible donde nos enfrentamos con un conflicto ético soslayado y el desencadenamiento de una dialéctica ética estancada. Desnaturalizar el inconsciente implica plantear su raigambre ética en torno a la conflictiva edípica, “apres-coup” de la instalación ética del Bien y del Mal, con la complicación que esas categorías sufren en función de las paradojas lógicas que el Edipo mismo instituye, un Bien el mal y un Mal en el bien, como valorar también el verdadero sentido de la división pulsional Eros-Tánatos alrededor de la misma cuestión. Todo lo cual apunta a lo delicado que es preguntarnos qué significa enfermarse y curarse para un ser humano que está atravesado de cabo a rabo por una legalidad que pervierte una y otra vez la racionalidad de acuerdo a fines casi exclusivos de supervivencia propia de todo sujeto animal.

Ya muy tempranamente ( 1896) Freud destaca el enlace de un primer autorreproche a una experiencia de placer inscribiendo al sujeto en su primera paradoja ética, en tanto se postula que hay un Mal moral en su bien natural que va a constituir de allí en más la esencia de lo reprimido. Todo lo cual se va evidenciar en los textos ulteriores (1923) en los que revisa finalmente las diversas patologías en torno a la culpa y al factor moral en general, al valorar en toda su amplitud el fenómeno de la reacción terapéutica negativa.. Desnaturalizar al inconsciente implica entonces creer en su constitución en torno a la ley, a una palabra que hace ley y en torno a la asunción de la culpa como núcleo de conformación del ser, como que ser es fundamentalmente ser culpable- Así también ( 1896) Freud indica que no tolerar un autorreproche y no inscribirse en una falta- tanto falta en ser como falta sexual- implica no poder ni reprimir ni subjetivarse, quedando el sujeto expuesto paranoicamente a ser designado desde lo real, “allí va”, “es él o ella” etc.

Crear en el inconsciente exige las condiciones mínimas bajo las cuales se cree en la palabra del otro como ley y como promesa de revelación de una verdad significacional que devuelva una unidad imaginaria perdida. Porque la paradoja es que por ser seres parlantes estaríamos destinados a acceder a la verdad y a identificarnos con la razón, cuando justamente la hipótesis freudiana del inconsciente cuestiona de cabo a rabo esa posibilidad. La palabra que promueve la búsqueda de la verdad bajo la promesa de encontrar la unidad del “logos” con el ser, excava al mismo tiempo un enigma insuturable. Y ese enigma puede intentar obturarse naturalizando al inconsciente como simple depósito o archivo biográfico, como sede de huellas de representaciones preverbales, como remanente zoológico regresivo, como sitio de lo irrepresentable de una semántica por advenir, como espacio en la anatomía cerebral, etc. Todo esto oscurece el hecho fundamental del inconsciente como órgano

ético por mor de la complicación que introduce la palabra como ley donde se instituye lo reprimido como Mal moral subsumiendo a un bien natural que instituye al mismo tiempo un mal natural devenido Bien moral.-

El inconsciente como órgano ético no solamente implica en su máquina productiva la caída de la racionalidad al acogerla bajo leyes distintas de la lógica aristotélica – identidad, no contradicción, tercero excluido- o sea la caída de la ley paterna, sino que manifiesta aún en la racionalidad recuperada, después de haber hecho consciente lo inconsciente, la “maldición” que se gesta en el ser por el acto del habla, haciendo vacilar la naturaleza de la consistencia de la significación misma. Así una semiología psicoanalítica no podría constituirse fuera del concepto de falo ( Freud 1923)( Lacan 1966) ni de castración ni por ende de inconsciente. Y no alcanzaría un concepto de simbolización débil, como podría emerger de una psicología evolutiva o genética a través de la cual la palabra no aliena al sujeto en su ser sino que lo realiza y cuyo modelo podría ejemplificarse en la dualidad simple de una ensoñación materna. Se necesita más bien una simbolización fuerte o propiamente dicha, donde al mentar el concepto de falo y de castración nos deslizamos hacia una hipótesis significacional donde preguntarnos por lo que significar quiere decir nos lleva en lugar de una realización del ser a una alienación irreductible.

Es desde esta perspectiva que la constitución ética del inconsciente y su institución como estructura de creencia se constituye alrededor de un agente” paterno “ que profiere o sentencia míticamente “con esta mujer no, es tu madre” ( Lacan 1966,)( Szpilka 2002). Así la madre constituye un primer significado dando la razón de lo que significar implica, una interdicción del goce con lo real , y no de un goce cualquiera unido a una preservación vital sino de un goce fálico singular, una negatividad y una ausencia en lugar de una cosa natural significada del mundo . Y si el falo juega ese rol central es por devenir la boya inconsciente de todo lo que se dice, en tanto todo decir sostiene la falta que el falo mismo delata en su imposibilidad. Una vez entrado en el mundo simbólico, en la significación inconsciente, aquello que se simboliza queda perdido por la simbolización misma y el falo manifiesta la imposibilidad ya de toda referencia natural, inyectando sentido y sin sentido a la significación rescatándola de su tautología empirista objetivante, “tu madre es tu madre”.

Se instituye un inconsciente como órgano ético donde se entrecruzan un bien natural articulado a un Mal moral y un mal natural articulado a un Bien moral. Y se siguen las consecuencias de la sutil distinción kantiana (1785) que discrimina entre el bien y el mal fundados en una empiria subjetiva de placer y dolor, del Bien y el Mal fundados en un objeto formal “a priori” como ley universal general ( Lacan 1986). Toda la originalidad freudiana del complejo de Edipo a diferencia de tantos posfreudismos insiste justamente en el entrecruzamiento entre “Böse”, el mal moral y “Wohl” el bienestar placentero natural, y entre “Gute”, el bien moral y “Weh” el displacer subjetivo natural, con lo cual lo específico del sufrimiento humano pasa por esa paradoja ética y lógica conflictiva que resulta en que hay un Bien en el mal y un Mal en el bien, subvirtiendo la simple lógica natural animal de un Bien en el bien y de un Mal en el mal.

### 3. La ética del Inconsciente y las pulsiones

Antes del establecimiento de la paradoja ética y lógica de un Bien en el mal y de un Mal en el bien no tendría sentido hablar de pulsión de vida y de pulsión de muerte, ya que no se trata de ninguna consideración ligada a la vida o a la muerte natural animal. Tánatos solamente podría formularse como un Bien en el Mal o como un placer en el displacer.. Esto se apoya en el cap-V de Más allá del principio de placer ( 1920 ) en el concepto de “Triebhaft”, el factor pulsionante fruto de lo absolutamente no satisfacible en lo real del sujeto atravesado por la ley y por el orden simbólico y que pulula como diferencia nunca suturable entre lo esperado y hallado. Como el mismo Freud en el cap-III (1920) ejemplifica, la única modalidad de compulsión repetitiva más allá del principio de placer que implica el retorno repetitivo de pulsiones que nunca estuvieron destinadas a satisfacerse, constituyen el conglomerado de la escara narcisista que el Edipo instaura. ¿ La pulsión de muerte sería así la consecuencia de la asunción ética que la estructuración edípica introduce en la subjetividad produciendo el cambio radical de la sexualidad como instinto natural al estatuto de pulsión ¿ Y por eso la pulsión de muerte sería el paradigma de lo pulsional ?

La simple vida animal que funcionaría con una racionalidad biológica de acuerdo a fines de supervivencia armonizando el principio de placer con el de realidad, experimenta un salto fenomenal por la presencia de lo simbólico y de la ley. Y no de la ley que crea significación que apunta a la satisfacción con el objeto de la realidad sino a la que crea la significación como desgarró, desnaturalizando al sujeto en aras de la interdicción. La pulsión de muerte da cuenta del desvío vital natural y se refiere más a la muerte de ,lo animal en lo humano que a cualquier cuestión relacionada con la muerte empírica aunque a veces la conlleve. Si da cuenta de la mortificación del cuerpo sexual natural por mor de lo simbólico que lo complica, sería entonces la expresión más conspicua de la transformación del instinto en pulsión; y si en la compulsión repetitiva se apunta a pulsiones

que no están destinadas a realizarse, también podríamos decir que son pulsiones justamente porque en su esencia están destinadas a no realizarse en lo real. Es el goce fálico con la madre que no puede ser que insiste como compulsión repetitiva, como insistencia de gozar lo que no fue, no es y no podrá ser, por eso es repetición más allá del principio de placer, ya que la repetición dentro del principio de placer se refiere a la pura repetición animal de lo que fue, es o puede ser, en tanto nada de lo real sufrió merma alguna por mor de lo simbólico. Podríamos entonces pensar que para Freud el más allá del principio de placer implica el lugar de la transformación que en el sujeto humano experimenta el instinto natural después que la paradoja del Bien en el mal y del Mal en el bien constituyen la estructura del inconsciente. Como que la mera articulación del principio de placer con el de realidad no bastan para comprender la complejidad específica de un sujeto humano atravesado por la ley, como si bastaría para dar cuenta de una racionalidad animal de acuerdo a puros fines de supervivencia.

#### 4. Ley, ética y goce

Freud propone un mito (1919) donde se articulan el dolor la ley y el goce en la conocida expresión “mi padre me pega mi padre me ama”, donde articula firmemente perversión con núcleo edípico y que culmina después en su profundo estudio sobre masoquismo (1924) Recalca aquí al imperativo categórico kantiano como heredero directo del complejo de Edipo y sugiere que la pulsión de muerte solamente cobra sentido en torno a las diversas manifestaciones del masoquismo moral, erógeno y femenino, que se integran alrededor de un fuerte sentimiento inconsciente de culpa y de la necesidad de ser castigado por un poder parental y que apunta aún en lo más primitivamente oral como la angustia de ser devorado por un animal totémico. Y ya en el cap. V del Yo y el Ello (1923) nos refiere el estrago que causa el sentimiento inconsciente de culpa en lo que constituye el vasto capítulo de la reacción terapéutica negativa. Al insistir que el imperativo categórico kantiano es el heredero del complejo de Edipo manifiesta que éste constituye la fuente integral de nuestra ética y de nuestra moralidad. Si la moralidad evidencia la desexualización del Edipo, a través del masoquismo moral se resexualiza, lo cual no es ventajoso ni para la moral ni para el sujeto concernido. Es interesante seguir el desarrollo efectuado por J.Lacan sobre el particular en su hermoso trabajo Kant con Sade (1966)

Todo el desarrollo freudiano parece apuntar a que solamente vale la pena hablar de Eros y Tánatos después del establecimiento de la paradoja ética-lógica de un Bien en el mal y de un Mal en el bien. Por lo cual tanto el inconsciente como las pulsiones quedarían encuadrados más en el destino de los órganos éticos que de los órganos naturales. Y si siguiendo a Kant en el desglose de “Gute” lo bueno moral y “Wohl” lo agradable y placentero para el sujeto, y “Böse” lo malo moral y “Weh” lo displacentero para el sujeto, nos acercamos al complejo de Edipo freudiano, entendemos el entrecruzamiento radical que implica. Todo lo que es del orden del “Wohl” subjetivo, bajo la ley va a articularse con “Böse”, mientras todo lo que es del orden del “Weh” va a articularse con “Gute”. Así lo bueno y lo malo se desgajan de cualquier experiencia subjetiva empírica evolutiva de lo vivenciado por el sujeto en una mítica relación natural buena o mala, y todo el sistema del placer-displacer se subvierte cuando cae bajo el peso categorial de la ley. Así el amor natural no es bueno si no respeta la ley y el odio natural no es malo si la respeta. Malo es siempre lo incestuoso y parricida y bueno es su renuncia, con lo cual se destaca la originalidad freudiana que hace depender lo bueno y lo malo de la relación del sujeto con la ley y no repite la monserga natural de que el amor es bueno y el odio es malo “per se”

Así la complicación que denuncia Freud al referirse a la regresión de la moral al complejo de Edipo cae por su propio peso. Cuando la ley en su bondad, lo “Gute” que atravesando el bienestar del sujeto, su “Wohl”, imponiéndole una negatividad en el placer, un “Weh”, se delata también como lo “Böse”, lo malo moral, el representante del Ello que goza sádicamente del Yo, se positiva lo negativo. Deja de funcionar la simple relación lineal donde “Gute”, el bien moral hace pareja con “Weh”, el dolor displacentero, y “Böse,” el mal moral, hace pareja con “Wohl”, el bienestar placentero. Lo que debería ser el puro sufrimiento “Weh” de una negatividad en silencio, de un todo no posible en la positividad limitada del principio de placer, deviene una conjunción de sufrimiento y goce, donde el más allá del principio de placer estalla en lo placentero, se goza sufriendo y se sufre gozando, hay un Bien en el Mal y un placer en el displacer. Cuando la negatividad queda suprimida para suponer un goce absoluto posible el sujeto queda atravesado por el nietzchiano más allá del bien y del mal, otra forma de referirse al más allá del principio de placer, donde se confunde el “Gute” con el “Böse” y el “Wohl” con el “Weh”. Se instala un incesto con el Superyó, la pulsión de muerte deja de laborar en silencio, la negatividad se libidiniza y se da lugar a la fiesta sadomasoquista. Como dice Freud (1924) el riesgo del masoquismo es que emana de la pulsión de muerte, pero como por otro lado tiene la significación de un componente erótico, aún la propia destrucción es imposible sin una cuota de satisfacción libidinal, lo cual nos permitiría catalogar a la pulsión de muerte como una de las figuras del incesto (Cesio 1986) (Szpilka 2006).

#### 5. Descreer en el inconsciente

Einstein (Ch.Mopsik 2005) sintetiza en una bella frase su concepción de lo religioso ( la traducción es mía) “Lo que un hombre puede experimentar como lo más profundo y hermoso es el sentido del misterio. Es el principio que subyace a toda empresa artística y científica seria. Aquel que no ha experimentado ese sentido, si no está muerto está al menos ciego. Captar que detrás de cada experiencia de la vida hay algo que escapa a nuestro entendimiento, de lo cual lo bello y lo sublime no nos alcanza sino indirectamente, eso es la religiosidad. Para mi basta con maravillarse delante de esos secretos e intentar humildemente aprehenderlos por el espíritu como imagen de la estructura grandiosa de todo lo que es “ Y podría agregar la importancia de la pregunta que desde Leibniz devino fundamental :”¿ porqué hay algo en vez de nada ?”Creo que el sentido del misterio y la realización de la existencia sobre el fondo de lo anonadado constituyen el pilar de lo que vendrá caracterizado como la estructura fundamental de la creencia.

Es en ese sentido que la creencia en el inconsciente aparece como fundamento que lo constituye más como órgano ético que como organismo natural y que hace tan difícil intentar alianzas con las neurociencias o cualquier otra concepción naturalista.¿Podríamos incluso aventurar que el psicoanálisis que tanto nos apresuramos en incluir dentro de las dignidades científicas clásicas sea en realidad una moral sexual cultural o incluso, valga el oximoron, una teología laica? ¿ En ese sentido podríamos hablar del psicoanalista como pastor del inconsciente, como quien trae los sufrimientos humanos al redil del inconsciente, inscribiendo al sujeto en la significación paterna? Ya vimos que mientras el referente ostensivo da razón de aquella que se simboliza, en la prohibición paterna lo ignoramos, solamente podemos decir que se simboliza aquello que por simbolizar cae como efecto del acto de simbolización mismo. Por eso el sentido, en la clásica distinción de G-Frege entre “Sinn” y “Bedeutung”, casi no puede decirse como tal, nos deja perplejos, como si fuera la aparición casi de lo sagrado cuando la palabra invita al silencio, al tope de lo que no se puede decir invadiendo el espacio de lo que se puede decir. Y si el contenido latente abre un nuevo sentido, no es tanto por donar un significado nuevo a lo manifiesto anterior sino más bien por abolir el significado común que intentaba obturar una articulación imposible entre el “logos” con el ser. De allí que decir con S.Leclair (1975) que el falo es el conjunto de los representantes inconscientes es deshacer cualquier expresión naturalista simple , introduciendo falta y negatividad en lugar de plenitud.

En todos esos sentidos podríamos decir que el neurótico es un agnóstico que se hace creyente , un sostenedor del sentido del misterio y del misterio del sentido, un sujeto que ampara el aparente sin sentido sintomal en la lógica paterna ( G.Maci 1987), ya que no existe conflicto neurótico o humano, ni interpretación que valga, fuera de las coordenadas de esa mínima identificación con la prescripción paterna. Y en ese acto de creencia establece al mismo tiempo un ordenamiento entre el Bien y el Mal moral y el bien y el mal natural, que estructura al aparato psíquico entre preconsciousiente e inconsciente y entre el Yo y lo reprimido, solucionando así el conflicto que emerge de la paradoja ética y lógica. No en vano Freud decía que la neurosis era el negativo de la perversión.

En la esencia de la perversión “vera” deberíamos trascender la moral común para no caer en la descalificación de satisfacciones contrarias a la normalidad estadística o común y considerar en cambio el núcleo esencial que como desautorización del inconsciente está en juego. Podríamos decir que en la perversión hay una posición atea, con lo cual fracasa el pasaje del instinto al estatuto de pulsión. Hay por ende una vanagloria del naturalismo , de deshacer con el acto perverso la perversión normalizante que implica la interdicción del goce con lo real propia de la ley del padre. Como que se denuncia lo no natural que hay en lo que el universo común califica como natural. Así cada acto implica marcas y signos que buscan deshacer las marcas y signos del universo común, deviniendo contrasignificados o contrasentidos. El “esta es tu madre” se cambia por “mi madre es una mujer” o “ mi madre es mi madre”, tautología que lleva a la muerte de la dialéctica entre el significado y el sentido. Si el falo es la marca de la imposible articulación entre lo simbólico y lo real, cuando esa función desfallece, en lugar de marca de lo imposible adquiere referencia a una plenitud y solamente destaca el índice de la naturaleza bruta, “Bemechtigungstrieb” plenamente realizada, “hay o no hay falo”, como si lo hay nada falta, y que si falta se puede conseguirlo. Y es justamente este desfallecimiento del falo como significante de la falta lo que aparece tanto en la estructura de la perversión como en las experiencias traumáticas del campo de la sexualidad. Como un verdadero defecto en la desnaturalización subjetiva (Szpilka 2006) que lleva al sujeto a una naturalización bizarra, en tanto es siempre “après-coup” del pasaje por la simbolización fallida. De allí que el falo en sus múltiples figuraciones imaginarias y reales juegue un papel tan preponderante en la fenomenología de toda perversión. Al fracasar la adecuada desnaturalización subjetiva y creer que se sigue una ética natural , no se discrimina adecuadamente entre Bien y Mal y la paradoja ética y lógica se complican en un más allá del bien y del mal, que da lugar al irresoluble nudo de la fiesta sadomasoquista donde la pulsión de muerte deja de laborar en silencio.

El desfallecimiento del falo como significante de la falta produce además una verdadera confusión entre el poder o no poder como acción real en el mundo con el poder o no poder como fruto de la prescripción legal. Así lo ilustra el conocido chiste del señor que orina descaradamente en Hyde Park y que frente a la increpación del “bobby” de cómo no sabe que eso no se puede hacer en pleno parque y a la vista pública, responde con un “¿y como yo puedo?”. Un ejemplo clínico muy significativo nos lo brinda R- Moguillansky (2006) en su interesante caso de zoofilia, donde el paciente interpelado por el padre en relación con un contacto sexual con una yegua, “¿cómo pudiste hacer eso?” contesta explicando el artefacto que utilizó para poder efectivizar el vínculo sexual con el animal, confundiendo así el cómo legal con el cómo fáctico. Esa misma confusión entre el poder performativo y el poder legal, ese defecto en la desnaturalización subjetiva, es lo que otorga tantas veces al acto perverso un matiz hiperrealista. Es como si la realidad despojada del ingrediente simbólico que la hace ser siempre en última instancia significante de si misma, emergiera como un exceso monstruoso que la convierte en extraña y bizarra, como si resaltara la imposible naturaleza que antes de la simbolización no fue, pero que después tampoco puede ser, y que cobra a veces un singular matiz estético, como si de una mostración absurda pero neocreación al fin de hacer posible lo imposible se tratara.

Creo importante enfatizar en la estructura de la perversión las consecuencias de la desautorización del inconsciente como órgano ético con el consiguiente fallo de la desnaturalización subjetiva. Promueve una confusión entre el Bien y el Mal con la consiguiente fiesta sadomasoquista y el estallido del más allá del principio de placer en el principio de placer, y el desfallecimiento del falo como significante de la falta, lo cual implica la dificultad de que en el vínculo con el otro no se lo soporta no siendo exhaustivo en su ser. Esto debería guiarnos mucho más allá de la simple observación natural acerca de la elección manifiesta de objetos ligados a no a la presencia o ausencia empírica del falo, por ejemplo en la homosexualidad masculina o femenina. Puede haber perversión o no tanto en un vínculo homosexual como en un vínculo heterosexual, y no es la presencia o ausencia del “falo materno” en lo “natural” lo que nos permite hablar de perversión o no, sino más bien el desfallecimiento o no del significante fálico como significante de la falta y el sadomasoquismo que puede insistir por una falla en la adecuada desnaturalización subjetiva en la ética del Bien y del Mal. No se trata entonces de ninguna cuestión ligada a la castración o no de ningún órgano natural sino a la aceptación de una adecuada castración simbólica, lo cual como problema atañe al vínculo entre los sujetos más allá de la empiria de los sexos. Si no, nos encontraríamos con el “impasse” de tener que pensar por ejemplo que en la homosexualidad masculina, en tanto habría renegación de la castración materna, todo el juicio de realidad debería estar definitivamente alterado, o que si la neurosis es el negativo de la perversión, cómo es posible encontrarnos con homosexuales que “creen en el inconsciente y que acuden a un tratamiento psicoanalítico por conflictos estrictamente neuróticos como angustia, impotencia etc. Por eso la desautorización del inconsciente como órgano ético creo que debería ser una consideración crucial en la cuestión.

## Bibliografía

- Cesio F. (1986) Pulsión de muerte, letargo y reacción terapéutica negativa. Rev. de Psic. Tomo XLIII
- Ferrater Mora J. (1971) Diccionario de Filosofía. Ed. Sudamericana. Bs.As.
- Freud S. (1896) Further remarks on the neuropsychoses of defense. S.E. II
- Freud S. (1919) A child is being beaten. S.E, XIX
- Freud S. (1920) Beyond the pleasure principle. S.E. XVIII
- Freud S. (1923) The infantile genital organization of the libido. S.E. XIX
- Freud S. (1923) The Ego and the Id. S.E. XIX
- Freud S. (1924) The economic problem of masochism. S.E. XIX

- Kant E. (1785) Fondements de La métaphysique des moeurs. Vol.VII.Gallimard
- Lacan J.(1966) Kant avec Sade . Ecrits. Du seuil
- Lacan J, (1966) L' instance de la lettre dans l'inconscient ou la raison depuis Freud. Ecrits  
Du Seuil.
- Lacan J. (1966) La signification du phallus. Ecrits. Du Seuil
- Leclaire S.(1975) Conferencias. A.P.A.
- Maci G. (1987) La otra escena de lo real.Nueva Visión
- Moguillansky R. (2006) La persona del analista, su contratransferencia y el psicoanálisis de la  
Perversión. Bs.As.
- Mopsik Ch.(2005) Cabale et cabalistes-Paris .Albin Michel
- Szpilka J. (2002) Some Thoughts on psychanalysis and ethics. IJP.83
- Szpilka J.(2002) Creerf en el inconsciente. Síntesis.Madrid.
- Szpilka J.(2006). Freud y las desnaturalizaciones subjetivas .Rev. de Ps..APM. 47.06